

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 85

Sevilla—Jueves 16 de Abril de 1903

AÑO XXVII

MOVILIZACION

Ya está hecho el recuento y en pie de guerra ¡ochocientos mil! republicanos adheridos a la Asamblea del 25 de Marzo y a los meetings del último domingo. Jamás presencia España, y nos atrevemos a decir que tampoco los realizó pueblo alguno de la vieja Europa, ni aun del continente republicano, acto tan solemne, tan serio y tan trascendental como el recuento de fuerzas del día 12, sin la más ligera alteración del orden ni nota discordante que empañara la brillantez del gran suceso.

Se convocó a las asambleas, y ni un solo soldado de la gran falange republicana ha faltado en su puesto de honor ni a la lista de presente que se ordenaba en la circular para ejercer luego el derecho de voto y acudir más tarde a apoderarnos de la plaza que ocupa el enemigo.

Tratan de quitar importancia los monárquicos, afirmando que esa cifra no llega a la décima parte de la población de España, y que hay más monárquicos que republicanos.

Los que tal afirman saben que la afirmación es inexacta, pero así y todo, ellos, que aseguran que son los más, que convoquen sus legiones y que hagan el recuento.

Difícilmente, aun mandando de real orden que toda la burocracia concurriera, les sería muy difícil congregarse a diez o doce mil personas en toda España. No lo harán, de ello estamos seguros, porque después del acto, el ridículo del Gobierno y sus aliados sería espantoso, y una carajada universal respondería a los sarcasmos del enfermo presidente del Consejo de ministros, que ya no sabe en qué forma dar cuenta, donde tiene el deber de hacerlo, del avance de la ola republicana, que muy pronto anegará los alcázares y derrumbará con su potente impulso edificios vetustos, carcomidos por la gangrena de todos los vicios.

Urgente, urgentísimo, decía uno de los más ilustres pensadores, de los sociólogos más eminentes, de los políticos más íntegros y honrados, que hace poco se incorporó con valiosísimos elementos neutros a nuestras filas, con el arrojo del verdadero revolucionario, con la valentía del hombre honrado que ve asaltada su casa, con la grandeza del estadista de precioso metal, no de hojarasca, al estilo de los actuales gobernantes; decía en el meeting del domingo en Madrid, ante un pueblo entero, que es urgentísimo instaurar el régimen republicano si ha de salvarse España, no para reorganizaciones, para lo que ya no hay tiempo, sino para enterrar todo el pasado y construir una nación nueva.

Y nosotros agregamos, terminando la frase del gran Costa, de ese espíritu austero creado para la revolución, la primera materia, el soldado, el elemento popular, la masa, está ahí esperando el impulso, y el caudillo aclamado por todos, que en triunfo recorre importantes ciudades de España, y que va a la metrópoli industrial a reclamar el voto, aplique después, a seguida, la mecha para que la explosión se produzca y en todos los ámbitos de la nación se levanten los somatanes de la dignidad de la patria, del honor de los españoles y de la emancipación de los ciudadanos, al grito de—España, Honor y República.

A. A.

Murmuraciones

Aun no hay noticias ciertas de la hora y día en que la grandeza española—¡ay

qué grandeza!—habrá de celebrar el acto de adhesión a las instituciones monárquicas, como si dijéramos, a sus amos.

Es sabido que la grandeza tiene el alto honor de servir la portería de los camarines de Palacio y de llevar un vaso de agua ó un recado cuando se le ordena. Tenemos vivas ansias porque el hecho se realice.

Los señores grandes asistirán a la manifestación susodicha con las armas de pelea.

Por ejemplo: unos llevarán el plumero, otros el sacudidor, alguno la esponja real, y todos esa cara significativa que da a entender claramente que, si no hubiera grandeza, no habría camarillas de inútiles ni semilleros de discordias en Palacio.

El jefe del partido republicano español, señor don Nicolás Salmerón y Alonso, ha salido para Valencia con objeto de acabar con las discordias del partido republicano de dicha ciudad.

Celebraríamos en el alma que el integérrimo republico hiciera pesar su autoridad indiscutible entre los señores Blasco Ibañez y Soriano, y especialmente sobre este último para que cesara en la campaña escandalosa que ha emprendido.

Y entiéndase que nosotros no le acusamos, no, porque nada nos va ni nos viene en las campañas personalísimas, sino en tanto éstas puedan redundar en desdoro y perjuicio del partido republicano de Valencia, modelo de disciplina y valentía entre todas las ciudades españolas.

La primera candidatura que ha sido colocada por las esquinas de nuestra ciudad ha sido la del jefe del partido de don José Canalejas.

Aún no sabemos si la Junta del Censo habrá de reunirse el próximo domingo—¡que todo pudiera ser en esta tierra de Maura, mausers y mamelucos!—y ya se lee por todas partes: *Candidatura liberal democrática: Don Luis Palomo y Ruiz.*

Mal ha hecho el señor Palomo con anticiparse tanto, porque él conocerá el refrán que dice: No por mucho madrugar va la gente a votar; ni amanece más temprano por pedir el voto antes.

Las elecciones en Sevilla van a estar divertidísimas. Se presentan más candidaturas que electores.

Los señores silvelista-mauristas presentan tres, y los tres señores van fiados al puchero electoral de los pueblos de la provincia. Ninguno de ellos tiene en Sevilla, a ojo de buen cubero, ni cien votos.

El partido liberal sagastino presenta a su jefe, el señor Ruiz Martínez. Dicho señor, aparte el voto seguro de Pepe Terreiro, podrá reunir hasta cincuenta si los paga bien y al contado.

Vienen luego los liberales democráticos de Borbolla con el nombre de dicho señor y el de Alfredo Heraso.

La candidatura borbollista, por esta vez, ha de estar bastante mermada en los colegios, por dos razones.

La primera, porque si los republicanos acuerdan ir a la lucha, aun en la confianza de ser derrotados, perderá el contingente que votaba a dicho señor Borbolla por simpatías hacia su persona y por relaciones de amistad y consideración. Borbolla, para nosotros los republicanos, ha sido siempre el hijo pródigo, a quien sí muchos le odian a muerte, otros le respetan y quieren.

Entre estos últimos me encuentro yo, que tengo la franqueza de declararlo, aun que tengo la franqueza de decir también que no lo he votado más que cuando se presentó como republicano.

Y la segunda razón es que, si los republicanos no van a la lucha, irán a otra cosa más práctica, que es a hacer el censo republicano de Sevilla por medio de papeletas, con el nombre, edad y domicilio de cada cual, que nos servirá para fines ulteriores y para victorias futuras.

Viene después el Sr. D. Luis Palomo y Ruiz, canalejista: este señor ejerce de pescador de caña; y aun cuando está descontento que no podrá vencer con los canalejistas de la provincia por la razón *sine qua non* de que no hay canalejistas en la provincia, porque, el que debiera de serlo en razón al parentesco—un tío carnal del Sr. Canalejas—es republicano a machamartillo y anticlerical declarado, aun cuando está descontento todo eso, más fácil es que pesque quien tiene echado el anzuelo que quien mira al pescador.

Y últimamente acudirá a presentarse el candidato de la Liga Católica, un señor

Muñoz Gámiz, integrista ó carlista, pero desde luego spinolista y sin reconocer otro gobierno que el del Vaticano. Puede decirse, pues, de este señor, que no es aspirante a diputado de la nación española, sino aspirante a diputado sometido a un gobierno extranjero. Y como por aquí no hay malos patriotas, el que vote a dicho señor—que se declara desde luego enemigo del Gobierno de España, porque antes que otra autoridad reconozca la autoridad del Papa, y el Papa es extranjero—el que vote a dicho señor, iba diciendo, demostrará ser enemigo declarado de España, de la nación, y habrá que apuntarlo en el número de los que tenemos que arrojar de la patria por ser malos hijos y por ser traidores.

Tenemos, por consiguiente, ocho candidatos para diputados a Cortes. ¡Si ahora no se regenera Sevilla, no sé para cuándo lo va a dejar!

En Bilbao, los jesuitas han publicado un folleto dirigido a las mujeres... Recomiendan con afecto que digan a los maridos que voten todos a un tiempo a los señores que digan esos tíos reverendos. Si los maridos se aguantan y siguen bien el consejo, dejarán de ser maridos para ser solo cabezotes.

Un telegrama, fechado ayer en Madrid, anuncia que hoy llegará a Sevilla el general Poiavieja.

Y lo anuncian como si dijeran: ¡Allá va ese rey mago! ¡Qué honor para las sacristías de la ciudad!

Datos curiosísimos que merecen ser consignados:

En un solo día, casi a la misma hora, UN MILLÓN DE REPUBLICANOS, que representan la fuerza y el saber de toda una raza, se han puesto en pie para gritar ¡viva la República CUARENTA Y NUEVE CAPITALES de provincias (porque no hay más) obedecieron la orden: SEISCIENTOS NOVENTA Y CINCO CIUDADES Y PUEBLOS cumplieron igual mandato. La Pascua Republicana fué festejada con la celebración de SETECIENTOS CUARENTA Y CUATRO MTIN.

No manda el rey borbónico de España en tantos soldados como cuenta la República. Y con ser los suyos menos en el número y vivir sujetos a una férrea disciplina, si diese una orden análoga a la de Salmerón, no sería, no podría ser obedecido con la precisión que nuestro jefe lo fué. ¡Del entusiasmo no hay que hablar!

Empezamos a mandar en nuestra casa, y mandamos que la monarquía se vaya. No nos ha servido bien.

¡Y nos cuesta muy cara, señor!

Y además, no nos da producto alguno; porque, apenas cobra, allá va el dinero hacia el extranjero para que no le caigan moscas españolas.

¡Cómo han de bajar los francos, si no cesa de correr un río de oro español hacia el Banco de Londres!

Han comenzado los periódicos españoles a darle una tunda al fantoché de Romanones por el descalabrado, incongruente é injusto discurso ladrado en Madrid por dicho señor.

Uno de ellos le dice:

“No sonrisas, carcajadas nos produjo oír al diablo predicar santidad, al muñidor electoral más escandaloso defender la pureza del sufragio; al desafortado corruptor acusar de corrupciones a los republicanos que triunfaron en 1893, como si no viviera Sagasta. Se necesita *tupé*, por no decir cinismo, para hacer tamaña acusación, quien, como alcalde de Madrid, dirigió aquellas indecentes, canallescas elecciones, en las que se venió con arteria, doblez é inmoralidad, a D. Constantino Rodríguez y D. Emilio Menéndez Pallarés.”

¡Cómo paga el Diablo a quien bien le sirve! corresponde exclamar ahora.

La prensa republicana fué la que le hizo aquella atmósfera falsa de simpatías al señor Conde, atmósfera injustificada, porque lo que firmaba con una mano lo borraba con la otra, y en silencio; y ahora—¡oh desengaños!—el señor Conde es el encargado de chavacanear en público contra los republicanos, a quienes debe el nombre que adquirió.

Afortunadamente el señor Conde de Romanones es una calabaza como hombre político, y sus palabras no llegan más allá de donde las pronuncia.

¡Buen papelito está haciendo el tal Conde!

Para que nuestros lectores, y los sevillanos en general, se aperceban de lo que representa la Liga Católica en Sevilla, y el diputado que proponen, allá va lo que consigna la Junta de dicha Liga en una circular que reparten por ahí:

“Libre cada cual para sostener los principios de gobierno que más le agraden, hemos de convenir, sin embargo, todos los católicos españoles, en dos cosas fundamentales: como católicos, en *someternos sin reservas a las instrucciones del Papa* y de nuestros legítimos Prelados en lo que concierne a la defensa de los intereses religiosos, constantemente desconocidos y amenazados, y en mayor peligro cada día...”

Más claro no se puede decir que ese candidato a diputado a Cortes por Sevilla no está al servicio de España, sino al servicio del Vaticano, de un poder extranjero.

Lo que verdaderamente nos llama la atención es que en esa circular figure la firma del señor don Manuel Gómez Imaz, persona ilustradísima y que se tiene por gran patriota, según los numerosos escritos que ha publicado.

Que firme un Benjumea un documento de esa especie, no nos llama la atención... Pero que un Gómez Imaz anteponga el poder del Vaticano, del extranjero, al poder del Gobierno nacional, sea el que sea, no nos cabe en la cabeza.

O el señor Gómez Imaz no lo ha meditado bien, ó ha sido sorprendido colocando su firma en esa circular que es un padrón de ignominia para todo buen español, así sea más católico que el cura Merino, que era católico con puñal, como son los buenos católicos.

Y lo dicho, dicho, y la jaca a la puerta.

CARRASQUILLA.

¡Adelante!!

El caciquismo, esa lepra inmensa que ha invadido a España desde la Restauración y ha producido un verdadero vivero de tiranuelos que reinan por su cuenta en detrimento de los pueblos sometidos a toda clase de rebajamiento moral y material, es seguramente lo primero que los republicanos trataremos de suprimir por todos los medios a nuestro alcance.

Ahí está el cacicato carmonense, que es un verdadero foco de infección y que es de toda precisión sanear. La higiene moralizadora se impone y el deber de los republicanos es el de actuar de cirujanos, recurriendo, si es preciso, a los enérgicos medios, a la amputación del miembro gangrenado.

A los grandes males los grandes remedios—dice un refrán.—Tal es el caso de males que afligen a los honrados moradores de la histórica ciudad de Carmona.

Allá iremos a cauterizar las asquerosas llagas producidas por el caciquismo imperante, y si esa operación no bastase, serviríamos al ilustre doctor Castell de ayudantes para practicar la amputación del miembro gangrenado.

Los republicanos hemos de ser los modernos cruzados que irán, no a la conquista de un sepulcro, sino a la de la vida, a la de la libertad, encadenada a la liberación de la verdad que los reaccionarios se empeñan en tener recluida en el pozo, ó en disfrazar con los abigarrados oropeles de la falsía y de la desvergüenza.

La verdad está en marcha. ¡Adelante!

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

SENSIBLERIA MODERNA

Hay que confesar que parte de la prensa extranjera tiene atrevimientos de que carecen muchos periódicos españoles. A tales atrevimientos se debe que se lean con gran interés. No se callan las verdades cuando imaginan que, diciéndolas, pueden prestar un servicio á su patria ó á la humanidad en general. No temen las iras de sus colegas si entienden que sus censuras son justas. ¿Se quiere una prueba de ello? Hé aquí la traducción de unos párrafos del artículo que publicó hace dos días *The Standard* con el título de "Sensibleria moderna:"

"No es extraño que los obreros dejen de comprar los periódicos. Estos, desde hace algunos años, dedican todo el espacio de sus columnas á dar cuenta de lo que ocurre en el extranjero y de lo que sucede en determinadas esferas sociales. Atribuyen gran importancia y consagran mucho espacio á noticias que sólo importan á unos pocos y, en cambio, callan ó en dos palabras dicen aquello que á todos conviene saber. De los obreros, de sus necesidades, de sus ideas y aspiraciones, no se cuidan más que de pasada, cuando alguna huelga hace que el público se fije en las clases trabajadoras.

¿Fallece de muerte natural un hombre opulento que no tiene otro título á la notoriedad que su dinero? Pues allá van columnas y columnas hablando del difunto. Y si era avaro se le reputa de previsior; si fué cobarde, se le convierte en prudente; si borracho y mujeriego, en alegre compañero; si era romo de inteligencia, en hombre de mucho peso; si estafador y bandido, en personaje audaz y listo.

En cambio, si mueren cien obreros en el fondo de una mina, entre los escombros de una fábrica cuya caldera estalla, con quince líneas se está al cabo de la calle, y nadie se cuida de pedir que los ingenieros tracen mejor los planos de las minas, que los propietarios de las fábricas velen con mayor cuidado por la vida de los obreros.

Diariamente mueren una ó dos personas de hambre en Londres. Como tal desdicha sucede á diario, nadie le hace caso. ¿Es esto racional?

Cuida el municipio de adornar calles, de ordenar la circulación rodada, de facilitar los medios de transporte. No se le ocurre evitar que los miserables mueran de hambre.

Saben esto la mayoría de los periodistas; por pudor ó por timidez lo callan. Así se explica que baje la tirada de los periódicos, y que la gran masa obrera lea tan sólo aquellos que, sin llegar á ningún círculo de la clase media, alcanzan tiradas enormes y disponen de una influencia cuyos efectos es posible que se exterioricen muy pronto.

Si no se varía de sistema se llegará al absurdo de crear una sociedad dentro de otra sociedad. Y el día que esto ocurra es seguro que no podremos alabarnos de los resultados de imprevisión tan grande.

El sentido moral parece pervertirse, como sucede siempre que una civilización toca á su fin.

¿Qué se lee con más interés en un diario? Los crímenes, los procesos escandalosos. La prensa diaria, que se ha dado cuenta del gusto del público, lo halaga; no lo corrige.

Otra invención, propia de las razas caducas, es el culto de las antiguallas. Con la décima parte de lo que se ha escrito acerca del Dante, de Cervantes, de Shakespeare, se hubiese podido desasnar á mucha gente, desarraigar muchas supersticiones, acabar con muchos abusos. La gente mentecata, los eruditos á la violeta, los sabios de similor, se entusiasman leyendo cartas inéditas de Tayllerand, de Bonaparte, de Wellesley. Pierden miserablemente un tiempo que hace falta para aprender cosas más útiles.

¿Se comprende por qué, en vez de aumentar, disminuirá cada día el número de lectores de muchos periódicos?"

Testigo de tanta excepción como *The Standard* bien merece ser tenido en cuenta. Tal cree

MARCO POLO.

Acto hermoso

A los que quieren quitar importancia al gran movimiento republicano actual recomendamos la lectura de la información que hace la prensa independiente, relatando la llegada á Barcelona del ilustre jefe del partido de Unión republicana, D. Nicolás Salmerón.

Héla aquí:

"A las cinco en punto entra el tren en el apeadero del paseo de Gracia.

En ese momento, de las ventanillas del tren y de los andenes salen gritos delirantes de—¡Viva la República! ¡Viva Salmerón!

La muchedumbre se abalanza al coche que ocupa el ilustre expresidente de la República.

Varios obreros bajan del carruaje al señor Salmerón y le asedian, le aprisionan materialmente, sin dejarle dar un solo paso.

El espectáculo es verdaderamente hermoso.

La multitud grita y aplaude con entusiasmo.

Después de titánicos esfuerzos y de no poco trabajo, el Sr. Salmerón logra salir al paseo.

El delirio de la multitud llega entonces á su más alto grado de expresión.

En el puente del apeadero, encima de los coches, en los carros y en los tranvías, la gente se agolpa, excitada por el afán de presenciar la escena, verdaderamente grandiosa.

De los árboles cuelgan racimos de curiosos.

Todos vitorean al Sr. Salmerón.

El paseo de Gracia se ve materialmente ocupado por una enorme y compacta masa de gente, que aplaude, grita y se entrega á los más calurosos transportes del entusiasmo.

Sin exageración puede decirse que los manifestantes pasaban de 60,000.

No se ve ni un solo agente de policía, ni un guardia civil.

Por este hecho se comenta favorablemente la conducta del Gobernador.

Inténtase poner en marcha la manifestación, presidida por la bandera de la *Fraternidad Republicana*, y es absolutamente imposible realizar el intento.

El Sr. Salmerón no puede dar un paso entre aquella enorme masa de gente que le vitorea, que le aclama y que le hace objeto de la más grande de las ovaciones que hemos conocido.

Los hombres, las mujeres y hasta los niños le vitorean.

En vista de la imposibilidad de seguir á pie, el Sr. Salmerón sube á un coche de punto descubierto.

En este momento un niño se le acerca, y Salmerón lo coge, lo sienta en sus rodillas y lo besa.

La multitud aplaude.

Tardó la manifestación tres cuartos de hora en llegar á la plaza de Cataluña, á pesar del corto recorrido.

Las ovaciones no cesaban. El número de manifestantes aumentaba de una manera extraordinaria.

Las Comisiones, las Juntas y los Comités republicanos se adelantaron á la marcha de la manifestación, y muchas personas les siguieron creyendo que entre ellas iba el Sr. Salmerón.

Enfrente del Hotel Colón se apostaron anticipadamente numerosos grupos de los manifestantes, esperando oír el discurso del expresidente de la República.

Al llegar el coche en que iba el Sr. Salmerón, el público le hizo una ovación delirante.

—¡Viva Salmerón! ¡Viva la República! Esos eran los dos gritos que salían de todos los labios.

Colocóse la bandera de la *Fraternidad Republicana* como dosel en el carruaje, y los gritos, los vivas y las aclamaciones proseguían incesantemente.

El aspecto de la plaza de Cataluña era imponente.

Observábase que las notas dominantes en la manifestación eran la sensatez y la cordura.

El señor Salmerón subió al hotel acom-

pañado de varios amigos, mientras la multitud seguía en la calle aclamándolo con entusiasmo.

El jefe del partido republicano apareció en uno de los balcones del hotel, siendo saludada su presencia con nuevos vitores y aclamaciones.

Hízose un religioso silencio, y entonces el señor Salmerón habló de esta manera:

—"He considerado siempre como un honor haber representado á Barcelona en las Cortes.

Lo tendré nuevamente, si vuelvo á representarla.

Barcelona ha dado un hermoso ejemplo en el mitin celebrado el domingo último.

Lo da también en este acto de verdadera transcendencia para el resto de España.

Son unos insensatos los que creen que este pueblo trata de romper los lazos que le unen con los demás ciudadanos españoles que son sus hermanos.

Aquí daremos la primera batalla á la monarquía, si ésta se empeña en resistir á la opinión del pueblo.

La monarquía será la responsable de lo que ocurra.

Probable es que la República haga derramar sangre.

Eso ha sucedido con todos los grandes ideales de la Humanidad.

La sangre generosa dignificará á los mártires de la causa republicana, como manchará á los que nos obliguen á derramarla.

Dad ejemplo de cordura disolviéndoos, sin que intervengan los agentes de la autoridad.

(Prolongada y calurosísima ovación. Se repiten los vivas y las aclamaciones.)

Acto seguido, la manifestación se disuelve pacíficamente.

Siempre juntos

El Dolor dijo un día á la Felicidad: Amémonos.

Iba la Felicidad por el camino de la vida, sembrando dichas, vertiendo el santo consuelo de sus alegrías en los corazones tristes. A ella venían los desvalidos, los hambrientos, los llorosos, los vencidos, y ella los estrechaba contra su pecho y hacía nacer sonrisas en los labios y supremas venturas en los corazones.

No tenía más que un amor. Un cariño sin límites por la Humanidad.

Importábala poco recoger ingratitudes, que eso lo sabía de antemano al hacer el bien; porque para el hombre, por mucho que consigue, siempre hay algo más allá de lo obtenido, una nueva ilusión, una nueva esperanza.

Marchaba lenta, pausadamente, con su eterna sonrisa de virgen en los labios, vestida de amplia túnica blanca, calzada de sandalias, coronada de rubios cabellos; con las manos cruzadas en actitud mística, fija la vista en el cielo... Los pájaros venían á cantarla sus estrofas.

La Naturaleza, á su paso, estremecíase de placer.

Se detuvo ante la puerta de la casa pobre. Había oído un grito de dolor.

Subió á consolar al que padecía, á cambiar la sombra en luz, y en el umbral de la habitación misera paróse.

Sobre un lecho revolvíase doliente, agitábase gimiendo una mujer, y á su lado un sér extraño, una figura negra, sujetábala impasible, hiriendo con sus manos de hierro sus carnes de leche.

Dió un paso la Felicidad.... Quiso desasir aquellas manos, salvar á la mujer que gritaba.... Pero una sola mirada del personaje sombrío dejóla inmóvil.

No se qué vivo fulgor se escapaba de aquellos ojos negríssimos.

Sintióse incapaz de contener la barbarie del infame, y por primera vez se puso triste. Ella, que era la dicha misma, suspiro angustiada....

Entonces se oyó el leve vagido de un niño al nacer. Cogiólo presurosa en sus brazos y lo presentó á la madre.

La madre, estremecida de dolor, sonrió de felicidad....

El niño se hizo hombre y la madre se hizo vieja.

El hombre necesitó un nuevo cariño. Y buscó la mujer de sus sueños y la hizo su esposa.

Encontró la mujer amada, la mujer cariñosa, la que todos hemos forjado en nuestro pensamiento y hemos hecho vivir en nuestro corazón.

Y la Felicidad reinaba en la casa humilde. Pero vino el Dolor á matar la dicha naciente.

Enfermó la madre y murió....

La Felicidad pasó por la casa del huérfano, oyó gritos de angustia y subió.

Y allí también encontró al hombre negro que la miró con aquellos grandes ojos que le hacían estremecer....

Entonces entre el cadáver de la madre y el hijo lloroso puso á la mujer amada.

Y el marido sintió su dolor amenguado por tamaña felicidad.

Volvieron á encontrarse más veces.... Aquello parecía como una persecución, y la Felicidad sentíase atraída, dominada, por aquel hombre extraño.

Quiso alejar de su mente aquel recuerdo y no pudo.

¿Sería amor?... ¡Amor era!

En uno de aquellos encuentros casi diarios, el sombrío personaje la habló de este modo:

—¿No sabes quién soy?... ¿No sabes que te perseguiré donde vayas, que voy buscándote sin tregua ni descanso?... Soy el Dolor y te amo. ¿Te acuerdas del día aquel en que nos vimos por vez primera? A una mujer hacía yo sufrir los dolores de la maternidad. Yo gozaba con su sufrimiento y tú la hiciste llevarlo el padecer, presentándole al hijo de sus entrañas. ¡Desde entonces te amo!

Y la estrechó cariñoso entre sus brazos y la repetía en voz baja la palabra dulcísima: "Te amo, te amo."

Y la Felicidad y el Dolor celebraron al poco tiempo sus bodas.

Desde aquel momento van juntos á todas partes, sembrando dichas y sembrando tristezas. Desde entonces ni la Felicidad ni el Dolor son perfectos.

Las risas y las lágrimas se unen hasta confundirse.

La mayor ventura tiene sus sombras tristes y el mayor padecer sus alegrías.

El hijo de esa unión ni llora ni ríe, ni goza ni sufre; tiene igual cantidad de dolor y de felicidad.

Y esas dos cantidades contrarias se anulan en un sér que se llama *Indiferencia*.

EMILIO R. TARDUCHY.

Noticias locales

¿QUE GOBERNADOR!

Ya nos suponíamos que el alumbramiento del Gobierno para dar á Sevilla un gobernador civil, tenía que ser luminoso. La gestación había sido larga, y el parto, por tanto, debía corresponder al lapso de incubación.

Tenemos un gobernador cuyo sentido en la interpretación de las leyes es admirable. La de imprenta no le cabe en la cabeza, apesar de sencilla y comprensible que es. La interpreta de una manera maravillosa.

Dice dicha Ley de Imprenta, en sus artículos 5.º, 6.º y 7.º, referentes á la publicación de impresos:

«La publicación del libro no se exigirá más requisito que el de llevar pié de imprenta.

Este mismo requisito se llenará en todo folleto, y además el de depositar en el gobierno de provincia, ó en la delegación especial gubernativa, ó alcaldía de la POBLACION EN QUE VEA LA LUZ (se ha enterado usted bien, señor conde de Buena Esperanza?) tres ejemplares del mismo en el acto de su publicación.

Los mismos requisitos se llenarán al publicar una hoja suelta ó cartel, etc.»

Pues bien; el Gobernador civil de Sevilla ha negado hoy en absoluto á que fueran sellados tres ejemplares de una alocución electoral dirigida á los vecinos de Valverde del Camino impresa en la industria tipográfica que en Sevilla posee el Sr. Gironés. Cree el conde de Buena Esperanza que es el Gobierno civil de Huelva el llamado á cumplimentar la Ley de Imprenta con los trabajos que en Sevilla ejecuten las industrias tipográficas.

¡Peregrino criterio! ¡Soberbia manera de interpretar el articulado de una ley que nada tiene de difusa ni incomprensible!

Verdaderamente son una desdicha para los pueblos estas autoridades monárquicas cuyo sentido, cuando no se inclina al mal por extraviados caminos, resulta el sentido de la *buena esperanza*....

Si esto ocurre con asunto tan sencillo comprensible, como la interpretación de una ley en extremo fácil, ¡qué ocurrirá cuando un caballero tenga que resolver otros de interés general que necesitan para su recta interpretación claro entendimiento!

¡A cualquier cosa llaman chocolate las patronas!

Es vergonzoso el estado en que se halla...